

Una charla con Michael Schuessler

Lizy Moromisato, Marisol Pérez y Melissa Strong Carrillo
University of California, Los Angeles

El 4 de mayo de 2004 Michael Schuessler, profesor de Barnard College, estuvo en UCLA para ofrecer una ponencia titulada “La ‘Princesa Roja’: Ascendencia y trascendencia de Elena Poniatowska”, que coincidió con el lanzamiento de su más reciente libro, *Elenísima: ingenio y figura de Elena Poniatowska*. Schuessler es también autor de otra biografía sobre la poeta mexicana Guadalupe “Pita” Amor, titulada *Guadalupe Amor: La undécima musa*. El escritor y académico recibió su doctorado en letras hispánicas de UCLA en 1996, donde fue miembro del comité editorial de *Mester*. En esta entrevista nos habla sobre los retos que representan el escribir una biografía, sus fuentes de inspiración creativa, y sus proyectos futuros.

Mester: Como tú mismo mencionas en tu libro, Elena Poniatowska se ha planteado la pregunta “¿Qué cosa es ser mexicano?” En tu opinión, ¿cómo ha iluminado el conocer la escritura de Elena—y a Elena misma—la respuesta a esta interrogante?

Michael Schuessler: Es una pregunta muy atinada porque como saben, Elena Poniatowska nació en París y tiene ciudadanía mexicana que recibió en el año 1969. Ella dice que su familia siempre vivía una especie de eterna peregrinación, pero de elites, así que iban de Los Ángeles a Carlsbad a tomar las aguas y su abuela viajaba siempre con sus sábanas de seda y su samovar para poder hacer té y café. Entonces, eran como gitanos, en cierto sentido, pero de primera categoría en términos socioeconómicos. Tenían esta frase que siempre recordaban: “We don’t belong”. No eran realmente franceses, porque hay mucho de ruso, mucho de polaco con su papá, y claro, tampoco son mexicanos. Luego llega Elena a México, huyendo de la Segunda Guerra Mundial, en donde se instala con su mamá y su hermana Kitzia en la casa de su abuela en la colonia Juárez, en la ciudad de México. Al principio las dos hermanitas ni sabían que su

mamá era mexicana, de una familia bastante renombrada de México que se apellida Amor—como Guadalupe Amor, su famosa tía. Elena va descubriendo, paulatinamente, aspectos de esta nueva patria suya, y va a descubrir que es en realidad mitad mexicana. Claro, tiene algunas influencias no siempre positivas. Por ejemplo, su abuela que vivía en los Estados Unidos sacaba a las dos hermanas a ver páginas de la revista *National Geographic* donde había gente del África con sus huesos y sin cabello; ella decía: “Éstos son los mexicanos, éstos son los bárbaros”. Pero ella llegó a México en los años cuarenta durante la Segunda Guerra Mundial. Su padre estaba luchando en esa guerra en Francia y, bueno, llegan a este país de volcanes y de pirámides, pero también de una pobreza abyecta, de huaraches, de huitlacoche, que era algo completamente novedoso para ella porque viene de Francia donde todo es muy cuidadito, con sus jardincitos chiquitos como pañuelos. Entonces empieza a recorrer esta ciudad de México que no era nada como la había descrito su abuela paterna desde Stockton, California. Ella llegó a una mansión que tenía su abuela en la calle de Berlín, en la antes elegante colonia Juárez, que ahora es parte de la Zona Rosa. Es un poco decadente más bien, está casi sobre este gran paseo de la Reforma que fue construido en imitación de los Campos Elíseos, así que tampoco ha de haber sido un *shock* tan grande. Pero sí, en México, desde un principio, entra en contacto con una joven como ella, pero muy distinta, que iba a tener una marcada influencia en su vida: era su nana Magda. Ella iba de la mano con la señora Magda a diferentes partes de México acompañándola. Iban al mercado, al cine, al campo, y Elena ni sabía hablar español. Claro que hablaba francés y al llegar a México, la familia la mandó a la escuela a aprender inglés de Inglaterra en *Windsor School*. En la casa se hablaba francés exclusivamente y el español lo tenía que aprender en la calle. Por eso a veces su pronunciación, su léxico, y algunos aspectos lingüísticos de su manera de articular palabras, tiene poco que ver con el español clásico de Cervantes, sino más bien de lo que aprendió de Magda, que vive en Zacatlán de las Manzanas, un pueblo cerca de Puebla. No fue a la escuela y tiene una pronunciación típica de esa región y también usa algunos arcaísmos que son preciosos pero que no se aceptan en la versión estándar del español mexicano. Por ejemplo, dice *naiden*, en vez de “nadie”, dice *suidad* en vez de “ciudad”, usa verbos que ya no se usan, como *apiarse* de un camión; pero, bueno, son realmente

términos tal vez más auténticos siendo más antiguos que el castellano que se habla hoy en día en Madrid. Lingüísticamente, culturalmente, socialmente, Elena va descubriendo este México tan contradictorio, donde bien podría uno encontrar a una princesa como ella colgada sobre los barrotes de un tranvía sobre el bulevar México-Coyoacán. O también, salías tantito de la ciudad y la gente vendía pájaros con las jaulas pegadas a sus espaldas, o vendía huitlacoques o chichicuילותes en lo que eran las lagunas que formaban lo que era la gran ciudad mexicana Tenotchtitlán. Ella siempre tuvo este gran deseo, fervor, por pertenecer, por poder decir: “Yo sí pertenezco”. Eso lo logró, yo creo, de manera literaria y contundente a través de otra persona, una mujer humilde, que tendría ese impacto tan grande en su vida. Fue Josefina Bórquez, conocida también como Jesusa Palancares. Elena conoció a Jesusa Palancares un día cuando iba a la cárcel Lecumberri para entrevistar a prisioneros, muchos de los cuales habían sido encarcelados por haber participado en huelgas de los ferrocarrileros. A veces iba en compañía de una persona a quien había conocido recientemente en una entrevista como ésta, el señor Luis Buñuel, que vivía en México y tenía ese afán de ver a esos prisioneros encarcelados por motivos políticos más que nada. Allí descubrió que a los encarcelados les fascina platicar, contar su historia y tener a alguien que los escuche. Un buen día, caminando por una calle que se llama Morazán Contreras, escuchó cantar, gritar con voz en cuello a Jesusa Palancares, Josefina Bórquez. Se interesó tanto en su lenguaje, en la vulgaridad de sus alegatos, que se metió a esta vecindad donde Jesusa estaba lavando overoles para hablar con ella. Elena debe, no solamente su formación lingüística, sino también profesional y literaria, a Josefina Bórquez, a Jesusa Palancares, porque fue la inspiración de esta gran novela que es *Hasta no verte Jesús mío*. Esa misma búsqueda por una nacionalidad, por sentirse parte de algún lugar, de tener patria, fue justamente el impulso para que ella se interesara en estos grupos que eran tan distintos a los que ella conocía. En México existe toda una capa de la sociedad que realmente no tiene nada que ver con lo que es el México profundo, como dice Bonfil Batalla, o el México de todos los días. Ella siempre me decía: “Es que yo ya conozco tan bien a esa gente, de mi clase, que nadie me va a sorprender porque hable francés, que no me van a impactar con sus zapatos Ferragamo, que eso a mí no me interesa. Lo que sí me fascina es cómo viven, cómo piensan y cómo operan

estas personas que me rodean”. A ella le interesaban mucho más los pleitos de los que querían sus puestitos en un nuevo tianguis, el precio de la cebolla y el jitomate, que los momentos o las tendencias literarias tan efímeras o los estados de ánimo de la mujer. En pocas palabras, es verdad que esta continua búsqueda por una identidad es lo que ha impulsado, en muchos casos, la obra literaria de Elena a través del contacto físico, real, con un individuo, como en el caso de Josefina Bórquez, y también al resucitar a un personaje tan parecido a Elena como resulta ser Tina Modotti.

M: ¿Tiene alguna importancia especial para ti, como norteamericano que has vivido en México, la pregunta sobre el ser mexicano o el hecho de que te hayas dedicado (en parte) a estudiar a una persona que siempre ha luchado con su propia identidad como mexicana?

MS: Yo creo que sí. Alguien en un noticiero mexicano me hizo una pregunta muy parecida: “Tú eres mexicano-americano, ¿verdad?” Yo dije que no necesariamente. Soy un poco al revés; soy americano-mexicano en un sentido cultural, en un sentido lingüístico, en un sentido de formación académica, habiendo estudiado en México. Sí, a mí me fascina la experiencia personal y la experiencia literaria y social de Elena. Yo me crié en la frontera entre México y los Estados Unidos, muy cerca de Tucson, Arizona. Desde niño, venía una señora a mi casa que no hablaba nada de inglés. Poco a poco fui entendiendo y yo le decía a mi mamá lo que quería decir Olivia, y me mandó a estudiar en un programa de educación bilingüe pero al revés, porque no aprendía yo inglés, sino español desde el tercer grado. Esa experiencia de ir y venir entre México y los Estados Unidos mucho, porque íbamos mucho a Puerto Peñasco, a Hermosillo, a Guaymas y a lugares así, me formó bastante. Igualmente significativo fue el haber tenido la suerte de poder contar con maestros de primaria y secundaria muy importantes—mexicanos-americanos en su mayoría—que realmente se sienten muy orgullosos de pertenecer a esa cultura mexicana. Nos mandaban a memorizar poemas de grandes escritores mexicanos y también latinoamericanos. Era parte de nuestra vida; es decir, en los cumpleaños había piñatas, se comían tamales, se hacían frijoles. Claro, todos mis amiguitos eran hijos de mexicanos. Yo aprendí de las diferencias entre nosotros cuando sus padres me decían: “¿Por qué Jorgito no puede hablar

como tú?” Luego, estudié en México a partir de la licenciatura. Estuve un tiempo en Jalapa, Veracruz, Guadalajara y en la ciudad de México, y luego aquí en UCLA con sumas autoridades como José Pascual Buxó. Pues, siempre es más interesante lo que uno no tiene. Si casi lo tiene, pero no lo entiende perfectamente, se puede uno quizás concentrar más en eso. Entonces, lo vivía yo también, pero me puse a estudiar e investigar y realmente a tratar de comprender las realidades de esas mujeres—primero con Pita Amor y después con Elena—y ahora con otra que es norteamericana totalmente, pero que se dedicó de cuerpo y alma a México, Alma Reed, la peregrina.

M: ¿Crees que el estilo de escritura de Poniatowska ha afectado tu propio estilo de escribir?

MS: Claro, a veces me oigo hablar y digo: “¡Caray!” Yo creo que me ha enseñado muchísimo. Sí, ella es muy dócil, muy dulce y muy maternal, pero como es hipercrítica consigo misma, también puede ser muy crítica con otras personas. La conozco ya desde hace más de 15 años y yo le daba mis escrituras pensando que iba a decir: “¡Ay!, muy bien”. Pero ¡no! Yo tengo todavía los papeles donde ella me tachó casi cada frase. Entonces, sí, creo que me ha influenciado y he tenido la gran fortuna de poder haberme acercado a ella. Yo iba mucho a su casa porque éramos vecinos y yo iba al gimnasio en mi bicicleta, y de regreso pasaba por su casa. Ella es, como le dijo una vez a la BBC, *workaholic*. Si no está haciendo algo se pone nerviosa; entonces, en vez de estarnos allí sentaditos platicando, me ponía a trabajar—que teníamos que mandarle una carta a su agente en Nueva York, o que le tenía yo que dictar o ella dictaba mientras yo escribía. Yo podía ver cómo escribía a máquina, cómo siempre hacía todo y luego volvía a corregir. Luego ella se fastidiaba conmigo porque yo quería corregir cada cosita mientras ocurría. A mí me fastidiaba ver esos errores aparecer en pantalla mientras ella escribía así. Ella siempre está escribiendo; se ve muy glamorosa cuando la ves en una conferencia, pero yo les juro que trabaja más que nadie que yo conozca. De hecho, es lo que yo siempre escucho cuando entro a su casa—el clic, clic, clic del teclado. Allí está haciendo un cuento, algún otro artículo periodístico, algún otro prólogo o carta. Bueno, sí, me ha influenciado. Claro, si lees toda su obra, si la conoces bien, y si te corrige tus propios trabajos—hasta en inglés a veces me corrige.

M: ¿Cuáles son tus escritores preferidos?

MS: Empecemos con los hispanoparlantes. Algunos yo los leía desde muy jovencito. Digamos la poesía de Rubén Darío. Desde la secundaria, este profesor tan importante para mí nos puso a memorizar poemas de Rubén Darío, de todas sus etapas. Federico García Lorca, por supuesto, me parece fundamental. Claro que de México, puedo decir Juan Rulfo. Pero también Sergio Pitol, que es tal vez el escritor más grande de los contemporáneos mexicanos. Es bastante conocido en México, pero poco a poco se está dando más a conocer aquí como traductor, novelista, cuentista, y como ensayista. En español son algunos de mis predilectos, tratando de ser objetivo. En francés, Proust me parece sumamente interesante porque trata de recuperar este tiempo ya ido como lo hizo en cierto modo Bernal Díaz del Castillo. Yo me especialicé en letras coloniales, así que te puedo hablar de Motolinía, de Sahagún, de Durán, de todos aquéllos, pero en cuanto a lo literario, las cartas de Cortés y la *Historia verdadera* de Bernal Díaz del Castillo creo que son para mí las obras máximas. Me gusta también la poesía influenciada por Italia que se hacía en México a mediados del siglo XVI. Un poco de todo. Trato de leer a gente joven, y siempre están sacando cosas que valen la pena. Les puedo recomendar a una tamaulipeca que me fascinó y la acabo de escuchar leer. Se llama Cristina Rivera Garza. También les recomiendo a Javier Velasco que se ganó hace poco el premio Alfaguara. Escribió una novela que es un mamotreto y es muy interesante, se llama *Diablo guardián*. Y bueno, ¿qué sería México sin Arreola?

M: En tu experiencia, ¿cuáles serían las ventajas y desventajas de escribir la biografía de una escritora en vida con la que has tenido una amistad estrecha?

MS: Sí, con Elena tengo una amistad muy estrecha y no les voy a mentir, había momentos difíciles y yo tenía, más o menos, a veces que regatear, y decir: “Bueno, mira Elena, vamos a hablar de esto, pero no de esto, porque es verdad que esto es una biografía de tu mente y no de tu cuerpo”. Es una biografía en ese sentido intelectual, así que ella me permitía incluir cosas que no le gustaban, que ella no sentía que reflejaran quién era en este momento, pero a mí me interesaba el desarrollo de quién sería a lo largo de su vida. Al fin y al cabo,

después de haberle dicho que el mismo Alejo Carpentier, modestia aparte, firmaba reseñas de modas con el nombre de “Jacqueline”, Isabel Allende también escribía columnas para la revista *Paula*, si mal no me acuerdo, de cómo domar a tu troglodita. Además le dije una vez a [Carlos] Monsiváis: “Esto de ser periodista y escritor es algo interesante”, y me dijo algo así como—y cortante—: “Pero que *todos* lo hemos sido”. Han tenido ese desarrollo, que no es necesariamente la experiencia anglosajona, por así decirlo. Pero si nos ponemos a pensar en tantos ejemplos, como García Márquez, Poniatowska, Monsiváis y Paz, es simplemente un primer paso.

Pita Amor realmente no opinaba, no decía nada, pero tampoco me dio tanta información. Para ella, todos sus amigos, o se habían muerto, o la habían traicionado y no quería hablar de ellos. Cuando hice el libro, cuando por fin lo publiqué, llegué a su casa un día y noté que lo tenía por debajo del teléfono, y dijo: “¡Ay! sí, está perfecto, porque el teléfono está chueco y así ya no se mueve”. Entonces, al menos no me lo tiró a la cara, porque sería capaz, porque ahí, sí, de Pita digo de todo, pero ella siempre... se asumió, digamos perfectamente. Entonces no sé si lo leyó en vida o no, pero Elena sí lo leyó, y parece que le gustó. Es difícil. He mantenido esta amistad con Elena, y nos vemos, ya quizás no tanto como antes, porque ya no somos vecinos, pero nos hablamos por teléfono. Yo le sigo sus actividades—sé que le acaban de dar una medalla por excelente ciudadana mexicana, dijeron que gracias a este libro que hice ahora, [ella] se conoce tan simplemente como “Elenísima”. No sé si eso le gustó, pero bueno, porque yo quería ponerle al libro *La Princesa roja*, y dijo: “¡No, no, no!” Eso fue una ofensa para ella porque eran sus parientes que decían eso en Europa, que son grandes figuras en el gobierno, y dueños de la revista *Paris-Match*. Hay que recordar que ésa es la vida de alguien, es una historia que debe servir para matizar el trabajo de alguien, pero hay libros que se escriben sobre personas vivas, y debe haber una cierta discreción. Si yo hubiera puesto todo lo que a mí me había mencionado en algún momento, que tiene que ver con sus relaciones familiares y personales y todo eso, se sentiría traicionada. Una cosa es ser amigo de alguien, y otra, es ser su biógrafo. Pero, eso no es importante, porque lo importante es lo de su cabeza y esas cosas están todas ahí. Al menos traté de incorporar lo más representativo, porque fue una hemorragia de información y de materiales, de tratar de leer todos esos materiales, seleccionarlos, ser objetivo, justo, y encontrar un hilo

conductor para tratar de reconstruir su vida en ese sentido literario. No es siempre fácil—es bastante difícil, la verdad.

M: Poniatowska te ha llamado “un joven Quijote”, y su tía Guadalupe Amor te calificó una vez de “aprendiz de ruiñeñor”. ¿Fueron sus biografías proyectos quijotescos? ¿Tuviste que recurrir a diversos encantamientos para llegar a conocerlas más de cerca?

MS: También a algo de suerte, porque a mí me han dicho también que soy como “Forrest Gump”, porque llego en el momento. Por ejemplo, cuando estaba buscando a alguien para hacer el prólogo, se me ocurrió el nombre de Carlos Fuentes, porque él y Elena eran muy amigos cuando eran jóvenes, iban a bailar juntos, eran becarios juntos, y publicaron juntos. Le había mandado yo un fax a Carlos Fuentes, y claro que no me respondió nada, y yo di por muerto el asunto. Pero ahí voy un día, un solo día que estuve en Madrid, porque había estado en el sur de España y en Marruecos, iba a checar unas cosas que tenían que ver con frontispicios de libros del siglo XVII y su manifestación arquitectónica en unas misiones de la Sierra Gorda de México, en la Biblioteca Nacional de Madrid, y voy saliendo, y veo en la esquina a Eloy Urroz, escritor mexicano de la Generación del Crack que había estudiado acá y somos cuates. Estamos platicando, y dice: “Estamos aquí para hablar sobre el libro de ensayos de Carlos Fuentes que se llama *En esto creo*”. Y, entonces bromeando, digo: “¿Y estará el señor Fuentes?” Y Urroz dice, señalando: “Sí, ahí está”. Y le digo [a Fuentes]: “Oiga, maestro, pues a lo mejor usted no se acuerda...”, y él me dice “Michael Schuessler, que me has llegado a buscar hasta la ciudad de Madrid de los Borbones persiguiendo ese elusivo prólogo, ¿verdad?” Y dije: “Bueno, maestro, pues no tanto, yo iba aquí a Atocha para ir a Toledo”. Y más o menos dice: “Bueno, pues yo no voy a poder hacerlo”. Y le dije: “Qué pena, eran y son tan amigos”, y él dice: “No, porque ya lo hice. Comuníquese con Carmen Balcells allá en Barcelona”. Así que me regaló un texto que había publicado en cierta forma cuando Elena se ganó el premio Alfaguara; por eso, no se llama “prólogo”. Mira, yo no voy a ser limosnero con garrote porque ayuda en muchos sentidos y me parecía muy apropiado. Pudo ser Monsiváis, pero Monsiváis es otra cosa y esto es más literario. Son cosas del azar, y por eso, creo tanto en ir *in situ* siempre. Por ejemplo, yo no sabía nada de Pita Amor antes de irme a México en

el año '86. Viendo los murales de José Clemente Orozco, ahí en el palacio de gobierno de Guadalajara, conocí a un joven cuyo tío era declamador de poesía. Luego me hice gran amigo de él, y mantuvimos una amistad muy estrecha, y él me daba clases de declamación poética, que García Lorca, que Sor Juana, que Juana de Ibarbourou, etc. pero entre ellas figuraba Pita Amor. Un día, nada más bromeando con él, me dice: "A ver si te lanzas a la ciudad de México y buscas a esta Pita Amor que era tan hermosa, que ahora dicen que anda nada más pegando bastonazos a la gente y gritando...". Dicho y hecho, fui una vez a México para otro asunto y se me ocurrió y la busqué, primero en los hoteles de la Zona Rosa, hasta que al fin la encontré en el hotel General Prim, donde vivía. Le hablé por teléfono desde abajo, y me dijo que nos viéramos para tomar un "drink", y así conocí a Pita Amor. Apareció esta figura realmente extraordinaria encorvada cubierta de joyas y con una flor pegada en la frente, y lentes como de fondo de botella de Coca-Cola. Se sentó conmigo, y no le gustaba la mesa, y nos cambiamos de mesa. Yo la grababa, y todavía conservo esas cosas que a veces es muy bonito escucharlas, porque eso fue hace casi como 20 años, y yo estaba tan nervioso.

Tengo una colega a quien quiero tanto, que es tan excelente y muy conocida, que se llama Lois Parkinson Zamora, y con ella decimos que somos como *academic sleuths*. A Elena le gusta ir a los *shantytowns* y todo ese tipo de cosas, y a mí también, pero a nosotros más bien cuando tenemos noticias de alguien, entonces queremos rastrear a esa persona hasta sus últimas consecuencias. Así empezó con Pita Amor, y así conocí a Elena Poniatowska, aquí en esta misma universidad. Ahí en esa oficina la conocí por vez primera, recuerdo hasta qué zapatos traía la señora. Lo de Alma Reed también fue toda una historia, de que el manuscrito estaba en un clóset. Sí, bueno, Elena me calificó de quijotesco yo creo porque ella me veía que iba y venía y que hacía y deshacía. Y lo de "aprendiz de ruiñeñor" es algo que Pita Amor inventó, porque me hizo unos poemas que eran, pues más o menos, pero como eran para mí me gustaron mucho, y a mí me decía eso de "aprendiz de ruiñeñor". Claro que ella era un ruiñeñor, por supuesto.

M: Ya nos has dado una idea de lo que íbamos a preguntar después, pero queríamos saber si podrías ahondar un poco más en qué se diferenciaron tus experiencias trabajando en la biografía de Poniatowska y en la de Pita Amor.

MS: En mucho, porque Elena es una persona muy seria, profesional y trabajadora, y Pita, ¿es hermana torva del temible demonio! Es bruja, hechicera, malvada, se compara con Belcebú y con Satanás, y francamente, eso sí fue—bastante monstruo era, y que en paz descansa. Pita se dejó envolver por su mito. Un poquito como María Félix, pero con la diferencia que María Félix dominaba su mito, y Pita era su mito a fuego vivo, no a fuego lento. Siempre impredecible, súper clasista, racista, horrible, difícilísima. No pagaba, le pegaba a la gente, entonces a mí me tocó acompañarla y mucha gente pensaba que yo era como su “guarura” o algo por el estilo, era un poco incómodo. Como cuando al salir de un taxi, ella decía al pobre chofer, que es verdad que no quiso bajar la música y no podíamos platicar: “Es usted positivamente odioso, indio rabón inmundo, nariz de mango, es criado, será criado y morirá criado. ¿Le pagas, Mike?” Y bueno, eso sí es un poco difícil de tragar, los pobres taxistas eran sus blancos favoritos. Era difícil, ella hablaba en verso o en esas diatribas horrendas, realmente no se podía uno sentar con ella a hacerle preguntas, porque ella simplemente no hablaba del pasado. Me decía que sus amigos o se habían muerto o la habían traicionado, pero de vez en cuando salían cosas. Ya la pobre estaba muy anciana y me decía: “¡Ay!, yo creo que es por esas noches donde yo posaba desnuda para Diego Rivera, yo creo que por eso pesqué esta gripa que todavía no se me va, y por eso tengo que tomar más tequila”, porque según ella, el tequila era el remedio. Y yo le decía: “Oye Pita—porque ella sí me decía que le hablara de ‘tú’—pues, cuéntame de Frida Kahlo”. Y ella decía: “Yo no quiero hablar de esa *pinche* comunista, olía a ajo, le faltaba una pata, monoceja”, y no sé qué, y no sé cuánto. Le sacaba a través de sus insultos ese material. Todavía tengo una entrevista como de 30 páginas con Pita Amor donde habla de todo eso; junté muchas entrevistas. Yo la grababa y me decía: “Y esa luz encendida, ¿qué significa?” “Pues que [la grabadora] está apagada, Pita”. Y así, ella seguía, porque si no, era imposible. No quería hablar a veces de esas cosas y tenía sus respuestas categóricas. Era una persona compleja y muy estereotipada en sí misma.

Elena al contrario, pues es un ser mucho más complejo, es una persona mucho más profesional, trabajadora y tradicional en muchos sentidos. Pero no es tradicional que una niña “bien”, así como princesa de verdad, se meta a trabajar en las colonias bajas, en los mercados, con los prisioneros y todo eso. Entrevistarme con Elena era normal. Yo le hacía una pregunta, y ella me contestaba.

Yo le hacía preguntas a Pita, y ella empezaba a cantar “Los moros que trajo Franco...” Yo me preguntaba ¿qué tendrá que ver con su relación con Orozco eso? Luego más bien sacaba sus malos recuerdos: “Yo le dije que no a Siqueiros porque me iba a sacar muy fea, y yo soy hermosísima, ¿verdad Mike?” Entonces era como hablar con una caricatura. A veces se ponía detrás de un espejo, pero era nada más que un marco enorme con flores y todo, y ella me hablaba a través de él. Era rarísimo, pero para ella normal. Luego me acusó de haberle robado, y muchas cosas que están en el libro. Pero bueno, eran muy diferentes, y Pita, claro, decía cosas horribles de Elena: “Mira, Mike, esa pobre sobrina es una periodista, y yo soy poeta. Y mira, entre ser poeta y ser periodista existe exactamente la misma distancia que entre México y Neptuno”.

Las dos tienen un valor muy importante. Especialmente si uno ve los primeros poemarios de Pita Amor de los años ‘40 y ‘50, yo creo que uno encontrará una versión literaria de quién sería Frida Kahlo en un sentido plástico: obsesionada con su imagen, con ese despedazamiento del ser. No es por nada que a Frida y a Diego les fascinaba este libro que se llama *Polvo* de Pita Amor, que se publicó más o menos ahí por el ‘48, ‘49. Así que hay ciertas relaciones, claro que Pita y Frida eran en un momento ‘close’, pero bueno, también Diego. Era todo un mundo que nosotros ignoramos porque vemos estos íconos del arte y la cultura pero era una cosa muy entremezclada, extraña y bohemia, por así decirlo.

M: Hablando de proyectos quijotescos, el descubrimiento del material para tu próximo proyecto y del que ya nos has hablado un poco, la edición de un libro autobiográfico de la periodista estadounidense Alma Reed, se describe en algunos medios como una anécdota con tonos detectivescos. ¿Puedes elaborar más al respecto?

MS: Bueno, sí, porque el libro no ha salido como un texto para que se lea. Lo único que la gente tiene con qué criticar o reaccionar es la historia de cómo se encontró, y es verdad. A mí en Nueva York me dijo un agente que parecía una mala película. Fue a través de la mamá de nuestra distinguidísima Claudia Parodi, que es mi gran amiga en la ciudad de México, que fui a conocer en Brooklyn a Richard Posner, quien la noche de la muerte de Alma en el ‘66, en el aniversario de la revolución, el día 20 de noviembre, se había ido

a su casa, sacó las cosas sobre su escritorio y las metió en una bolsa de henequén. Richard, devastado por su muerte, porque había sido su mejor amiga y era una muerte no esperada, no anunciada, metió todo detrás de unas almohadas y sábanas en el clóset de su recámara. Eso fue en 1966. Luego conocí a Richard, y yo quería saber más de Salvador Novo, porque él había sido muy amigo de Novo, y yo estaba haciendo una investigación sobre él. Richard mencionó algo sobre Alma Reed, y yo no le hice mucho caso, aunque sabía quién era porque alguien me había dicho algo antes. No fue hasta como seis meses después que él me dijo: “Yo te quiero confesar una cosa. Veo que te interesan las escritoras. ¿Te acuerdas que cuando te mencioné a Alma Reed te dije “There’s a story there”, pero tú no me hiciste caso? Ahora te voy a decir otra vez”. Y bueno, cuando regresé a México en ese ‘sleuthing’ fuimos Lisette—la mamá de Claudia—y yo, dos veces creo, a sacar el material, y no lo encontrábamos. Encontramos su testamento, unas tarjetas postales, fotos, cosas por el estilo, pero el manuscrito no. Le hablé a Richard larga distancia, y le dije que no podíamos entrar en la recámara que estaba bajo llave. Y él me dice: “I’m seeing a green bag”, y le digo: “Pero, ¿cómo que estás viendo una bolsa verde?” Ya habíamos buscado todos sus archiveros, todas las estanterías. Bueno, nos metimos una vez más, abrimos la puerta, revisamos todo. El único lugar donde no habíamos buscado era justamente arriba donde estaban esas sábanas que habían estado desde los años ‘70, se deshacían y se caían al piso, y al fondo toqué algo que me picaba. Jalé y se desmoronó, se deshizo la bolsa y se cayó todo al piso, fue muy dramático. Me acuerdo que la mismísima Lois Parkinson Zamora estaba brincando. No podía creerlo, porque era como “¡Guau, cómo era posible!”. Lo revisamos, y estaba todo menos los últimos capítulos. Los otros capítulos los conseguí de una amiga de Alma de pura chiripa. Ethel, esposa y viuda de John Kenneth Turner, le había estado corrigiendo este libro. Entonces, llegó por correo a la casa de Alma Reed ya difunta, pero a manos de su compañera de casa, que era esta pintora sueca Rosa-Lie Johanssen. Yo conocí a Rosa-Lie gracias a Richard y recuperé esa parte. Rosa-Lie luego descubrió que yo soy parte sueco, así que me tuvo más confianza y me regaló unas fotos. Sí, es algo detectivesco. Es un hallazgo quizás biográfico, sí, quizás hasta literario por la manera en que lo describe Alma Reed. Un proyecto que cuando se lo comenté a Elena me dijo: “Michael, pero no te creo, ¡porque no puede ser!” Era como el misterio de su muerte.

Todos sabíamos que estaba trabajando en esta autobiografía. Figuraba en los periódicos que Budd Schulberg de Nueva York iba a convertir ese libro en una película, porque él ya había hecho esta película que en español se llama *Nido de Ratas* (que en inglés se llama *On the Waterfront*) con Eva Marie Saint y con Marlon Brando. Elena me dice: “Tráemela, Michael”. Y bueno, entonces un día en la bicicleta llegué con algunos, no todos los capítulos y me dijo: “Pues, no solamente *es* sino que está muy bien, ¿verdad?” Y le dije, “Sí, es verdad. ¿No quieres hacer el prólogo?” “Sí, lo hago”. Ahora, van a salir más cosas porque me han estado llamando de un periódico que se llama *El Universal* en la ciudad de México, y va a lanzar un suplemento doméstico-cultural. Y ahí van a sacar algunos papeles que tengo que nunca se han visto, como cartas de amor de Carrillo Puerto a Alma Reed, que van a causar cierto escándalo. Entrevisté hace como un mes, cuando estuve en Mérida, a las nietas de Carrillo Puerto, y para ellas... Alma Reed era, en pocas palabras, una oportunista por no haber sido otra cosa, y que realmente él no estaba enamorado, que había sido una de muchas. Yo tengo algunos comprobantes por escrito que dicen, “Ven, ven a mí, como el agua viene a las arenas, y como las abejas a las flores”—bueno, unas cosas bien lindas. Le escribió un poema en maya. No es un poema, ya un experto me confirmó que es la versión en maya de “Peregrina” pero que él tradujo para ella. Así que bueno, es una cosa detectivesca, pero yo creo que sí va a ser interesante, y va a salir en inglés en Texas y en español en Diana.

Ahora todavía no se sabe, pero acabo de hablar con unas personas de LACMA que están interesadas en una posible exposición sobre Alma Reed, porque su vida abarca tantas cosas interesantes, y no solamente Carrillo Puerto. Alma se hizo famosa por defender a unos mexicanos indocumentados que habían sido sentenciados a muerte, sin ni siquiera entender cuál era el cargo en su contra. Se cambiaron las leyes de California gracias a su cruzada para salvar las vidas de estos mexicanos. El presidente Obregón se enteró, la invita a México, conoce a Orozco, luego vuelve a México con la expedición de Carnegie de Chichen Itzá, y ahí conoce a Carrillo Puerto. Se enamoran, ella se va a San Francisco por su ajuar de bodas, un *trousseau*, y en eso viene la rebelión de los huelguistas. Cae muerto Carrillo Puerto, fusilado con cuatro de sus hermanos y un ayudante en el panteón civil de Mérida. Llega ella y ve, según ella, ahí en la playa un periódico que dice “Carrillo Puerto asesinado”, imagínense, llega con todo

listo para la boda. Otra versión es que se estaba probando su vestido de bodas en un hotel de San Francisco cuando le llegó la noticia. Ella era una ciudadana honoraria de México. De ahí en adelante escribió un libro sobre los muralistas, sobre los jóvenes pintores y la Ciudad Universitaria, pero fue la primera en escribir sobre Orozco. De hecho, acabo de encontrar ese libro de 1932 en Internet. Es la primera publicación que hizo ella de sus propios estudios delficos, así los llama ella.

M: *Elenísima* es la segunda biografía que has escrito sobre una escritora mexicana. ¿Qué es lo que te atrajo a este género, y a estas escritoras en particular?

MS: Creo que he estado rodeado de mujeres fuertes, de mujeres impresionantes—y alarmantes, a veces—desde que yo era muy chiquito. Mi tía es un ejemplo. Ella tenía panales de abejas, y era muy así como metida en un mundo quizás masculino. Pero la verdad sea dicha, pues, descubrí a Pita Amor por medio de Ángel de la Cruz, que era mi gurú, que realmente me enseñó a apreciar la poesía, no solamente de ella, sino también de Gabriela Mistral, de Sor Juana, de Rosario Castellanos, de Juana de Ibarbourou, y también de sus intérpretes, que son ahora sí asunto de una investigación que estoy armando. Eran famosas—ahora olvidadísimas—pero muy famosas en los cuarentas, cincuentas y sesentas por sus actuaciones, donde casi se transformaban de vestidos y velos, y declamaban a todos los grandes, incluyendo a veces a Pita Amor. Pero, más que nada, es que yo no entendía, y todavía no entiendo, ¿cómo es que nadie se dedica a estos personajes? Se me hizo imposible. Pita Amor escribió más de veinte libros de poesía. Fue retratada por Soriano, Rivera, Anguiano, Marta Chapa, y por Diego Rivera tres veces, hay tantos que se me olvidan. Así que, Orozco no, Siqueiros tampoco, porque la iba a pintar muy fea, según ella. Pero era una receta perfecta para hacer un libro interesante, y tantas personas habían escrito sobre Pita, incluso Alfonso Reyes. Di una ponencia aquí en Royce Hall sobre Pita Amor, muy tentativa, y Elena fue y me dijo: “Oye, pero, ¿por qué no le dedicas un libro a Pita Amor, a la tía Pita? Luego vienes a México porque yo la entrevistaba mucho y éramos amigas. Nos llevábamos bien en los años 50, cuando yo era periodista. Y vienes a la casa y puedes ver”, porque tiene todo guardado en unos *scrapbooks*, así bien organizaditos. Llegué un

verano, el verano después, creo, me recibió, me acompañó, y estábamos sentaditos en el piso, viendo todos esos *scrapbooks* de la familia, de sus obras, de sus artículos y todo. Y una vez se levanta y dice: “¿Sabes qué? Yo tenía que dar una conferencia hace cinco minutos. Entonces, yo me voy pero quédate tú y luego cierras la puerta cuando salgas”. Pues, qué buena onda de señora, ¿no? Iba yo viendo todas esas cosas, como ella hacía entrevistas todos los días. Pero miles de artículos. Ahí iba viendo, ¡caray! toda la trayectoria de Elena Poniatowska, que claro que yo la conocía como autora de *Tinísima*, *Querido Diego*, *La noche de Tlatelolco*, todo lo que Uds. saben mejor que yo. Pero no sabía yo de ese otro lado de ella, que hacía reseñas sobre el escote, sobre cómo tener tu cabellera como María Félix, o que el lápiz labial del 57 será existencialista. Me pareció que sería algo interesante documentar eso. Y me acuerdo también de la cara de asombro que me puso cuando en la Casa Lamm, en presencia de Pita Amor, en una silla de ruedas, pobre, cuando alguien me preguntó en la presentación: “¿Cuál va a ser su siguiente proyecto?” Yo dije que un libro biográfico dedicado a Elena Poniatowska, y ella estaba sorprendida. Ella no estaba muy cómoda al principio porque ella es hiper-autocrítica, y la verdad es que tiene sentimientos, yo creo, de inferioridad, y lo dice abiertamente. Y luego, la gente dice que es la criada que limpia los excusados de la literatura mexicana, y que es una vil periodista, y que es no sé cuánto, o sea, que ha tenido que luchar mucho. Hay muchos otros ejemplos de los que se pueden hablar.

Después lo de Alma Reed, pues eso fue casi destino. Yo no soy tan creyente en esas cosas, pero sí les digo, les juro, que dos semanas después de haber localizado ese texto, esa bolsa, el departamento se inundó, porque había una cosa en el techo, y el agua entró precisamente por la recámara. Tuvieron que entrar y todo se iba a tirar a la basura. Entonces eso hubiera llegado a la basura, si no fuera por esa suerte de haber llegado ese día de agosto. Fue en el 2001.

M: Si hicieras otra biografía, idealmente, ¿sobre quién escribirías y por qué?

MS: Estaba yo bromeando con Elena y le decía: “Ay, Elena, tú acabas de salir con un libro que se llama *Las siete cabritas*, pues yo voy a hacerte la competencia y voy a hacer un libro que se va a llamar *Las siete gringuitas*”. Y esos libros son tan fáciles, porque son chiquitos.

Porque como me han llamado del periódico que les mencioné, yo les propuse que de vez en cuando, como una vez al mes, les voy a mandar un artículo como de cinco cuartillas sobre americanas, norteamericanas, que han tenido un impacto en la cultura mexicana.

Estoy empezando con Inés de Salm Salm, que acompañó a Maximiliano, bueno, más bien a su marido a México cuando la intervención francesa, que es muy conocida porque ella—y hay mucho mito—le rogó a Juárez que no fusilara a Maximiliano. Y si van a la ciudad de San Luis Potosí, verán ahí en su palacio de gobierno que hay unos monotes de tamaño real en cera. Uno de ellos es de Inés de Salm Salm, rogándole a Juárez que no maten a Maximiliano. Y luego, también hay la leyenda de que trató de seducir a uno de los guardianes de Maximiliano. Se desvistió frente a él y él se metió a la terraza y no regresaba hasta que se vistiera. Pero ella escribió un libro que quise conseguir, es muy caro, que se llama *Ten Years of My Life*, donde habla de sus experiencias, no solamente en México. Ella empezó en el circo montando caballos y era muy conocida por eso. Paseaba frente a la Casa Blanca como a las seis de la mañana encima de un caballo, y eso no hacían las señoras decentes, ¿no? Ayudó en la Guerra Civil norteamericana, después vino a México, y luego se fue a Prusia, porque también luchó en la guerra franco-prusiana. Entonces, es una mujer muy interesante, pero este episodio mexicano me interesa.

Así que, si las pusiéramos en orden cronológico, podría ser ella. Obviamente Alma Reed, es también una mujer interesantísima. Llegó a México en los años veinte y fundó una revista muy importante, que se llamó *Mexican Folkways*, con una mujer que se llamaba Frances Toor. Ella llegó y fundó Frances Toor Studio en la calle de Manchester muy cerca de la glorietita esa de la Diana cazadora. En México, hizo esa revista y varios libros, incluyendo uno que se llama *A Treasury of Mexican Folkways*, muy importante en su época. Incluiría también a otras norteamericanas más recientes como una fotógrafa que se llama Mariana Yampolsky, que era la mejor amiga de Elena Poniatowska y ya murió. Era una gran artista de la fotografía. Luego está una pintora muy interesante afro-americana. Descubrí su obra en el Metropolitan Museum of Art; lleva como 50 años en México. Antes de hablar con Elena, yo había pensado, a duras penas, en unas cuatro norteamericanas ¡y ella me dio una lista de quince aproximadamente! Pero ése sería un proyecto en cierto sentido relacionado, y se lo voy a ofrecer a la editorial Diana, donde hago cosas así, o a la mejor en Era.

M: Por último, es obvio que has tenido éxito con tus obras publicadas. ¿Qué consejos tienes para los estudiantes graduados que quieran publicar su trabajo?

MS: Yo siempre he dicho que puede ser que yo no sea tan buen escritor, pero sí creo que he tenido ojo para ver un proyecto y decir que, bueno, esto a lo mejor sale, porque no se ha escrito mucho, o en este momento hay mucho interés en estos temas. Si uno quiere publicar creación literaria, pues debe ganar un concurso, lo que es difícilísimo, o empezar con cosas por el estilo. Al ganar un concurso muchas veces el premio es la publicación, y así te das a conocer. En cuanto a las investigaciones súper académicas, pues, claro que existen revistas becadadas como *Letras Coloniales* o el *Latin American Review* y de ese tipo. Pienso que no hay que dejar de tocar puertas, no hay que dejar de conocer a personas. Fue Elena Poniatowska que me llevó casi de la mano a la editorial Diana, porque yo no conocía a Fausto Rosales, quien ahora es un gran cuate mío, nos vemos en plan social a cada rato. Pero esas relaciones humanas, combinadas con un trabajo sólido, te ayudan mucho, especialmente en Latinoamérica, porque todo es tan personal y siempre a la vez profesional. Tú no puedes mandar algo y pensar que van a verlo. Tú tienes que ir, ser agradable y hasta, no sé, hacer algo un poco, no memorable, pero que llame la atención. Igual ser tú, y ojalá. Y, no es que haya que tener una madrina o un padrino, pero también ayuda. Siempre aconsejo que uno haga lo que le apasiona, lo que le parezca interesante, porque al fin y al cabo creo que eso se nota en el producto final. Si ha sido una especie de castigo absoluto, pues, se nota en el texto, pero si ha sido un proceso de aprendizaje, de crecimiento personal, como lo fue para Elena escribir *Hasta no verte, Jesús mío*, por ejemplo, se aprecia.

Espero que mi libro sobre Elena Poniatowska sea útil para investigadores porque contiene material desconocido, y tiene cosas que nadie había escrito sobre Elena. Al mismo tiempo, y quizás para mí sea más importante porque he trabajado con Elena durante dos años, espero que lo lean las personas que todavía piensan que Elena Poniatowska es una bailarina rusa, para que se sepa un poco sobre ella. Lo que hice es un libro que tiene fotos, anécdotas, recopilación. Es un homenaje en el sentido estructural y formal porque es un mosaico, un collage, donde pueden aprender a apreciar a esta persona. Claro que habrá—y espero que haya—más biografías sobre Elena Poniatowska,

pero ése es un caso perfecto, no había nada. Bueno, en Estados Unidos había una cosa de Beth Jorgensen que se llama *The Writing of Elena Poniatowska: Engaging Dialogues*. Está muy interesante. Beth Jorgensen es una mujer lindísima y era su tesis doctoral que convirtió, sabia, en un libro para Texas. Pero es un estudio bajtiniano de los diálogos de Elena Poniatowska y lo carnavalesco, y eso no va a interesar a la persona “normal”, “general”. En México ya se había publicado algo pequeño sobre Elena, una larga entrevista con ella que se llama *Me lo dijo Elena Poniatowska*. Así que yo creo que brillaba por su ausencia. En el caso de Pita, también hay poco escrito. Me ganó el catálogo de una exposición. Puede haber cosas en Estados Unidos, pero la falta de comunicación va mucho más allá de lo personal y político. No aprovechan este mercado hispanoparlante en Estados Unidos.